

25 JUN 1975

CENTRO LATINOAMERICANO

LS/a

63XL 0011501

RECIBIDO 30/09/75

DEMOGRAFIA

ARCHIVO de DOCUMENTOS

Original NO SALE de la oficina

36

Colección

F 202

#19 CONSIDERACIONES SOBRE EL PROCESO DE URBANIZACION,
LA CONCENTRACION Y LA DISPERSION DE LA POBLACION
EN AMERICA LATINA: SITUACIONES CRITICAS;

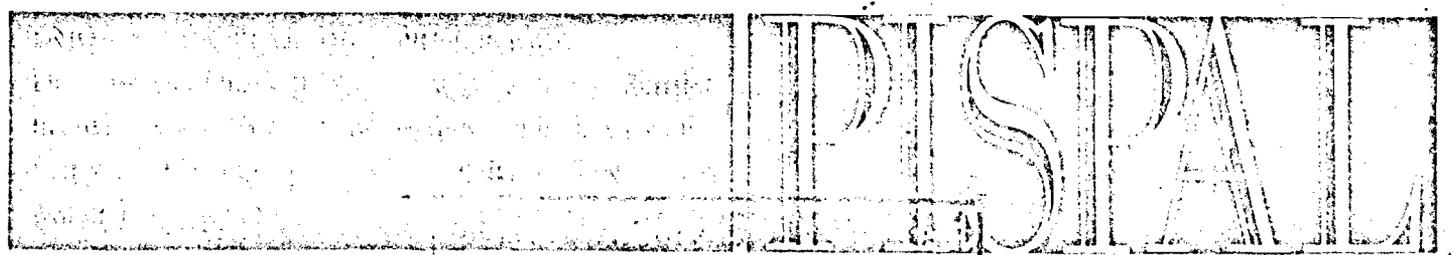
Versión preliminar

#13 Ligia Herrera, Fernando Gatica y
Ricardo Jordán

(Documento de trabajo N°6)

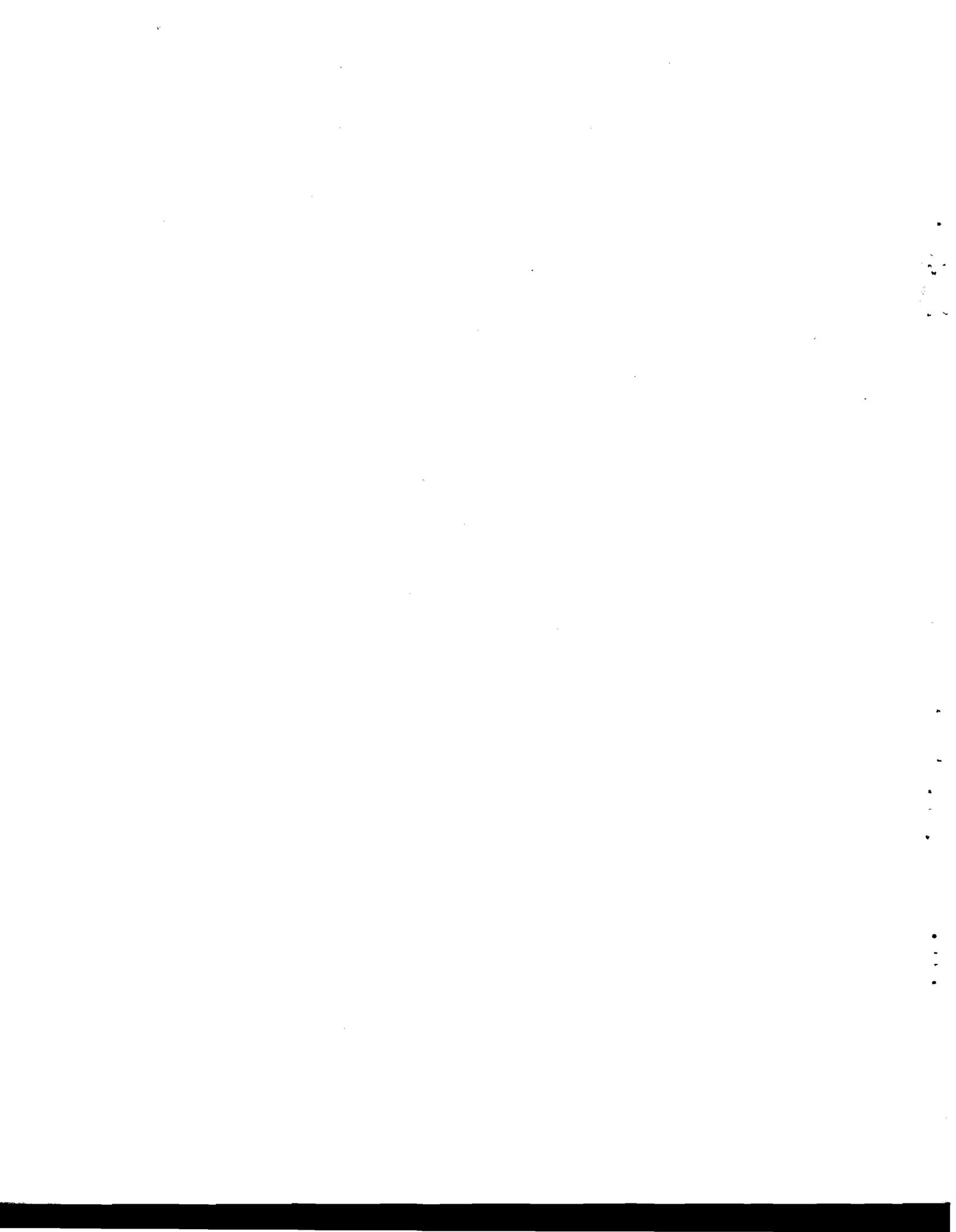
Santiago de Chile

Abril de 1975



CENTRO LATINOAMERICANO
DE DEMOGRAFIA

10634



634L
00115401

Ricardo Jordan

I. EL PROCESO DE URBANIZACION Y EL DESARROLLO */

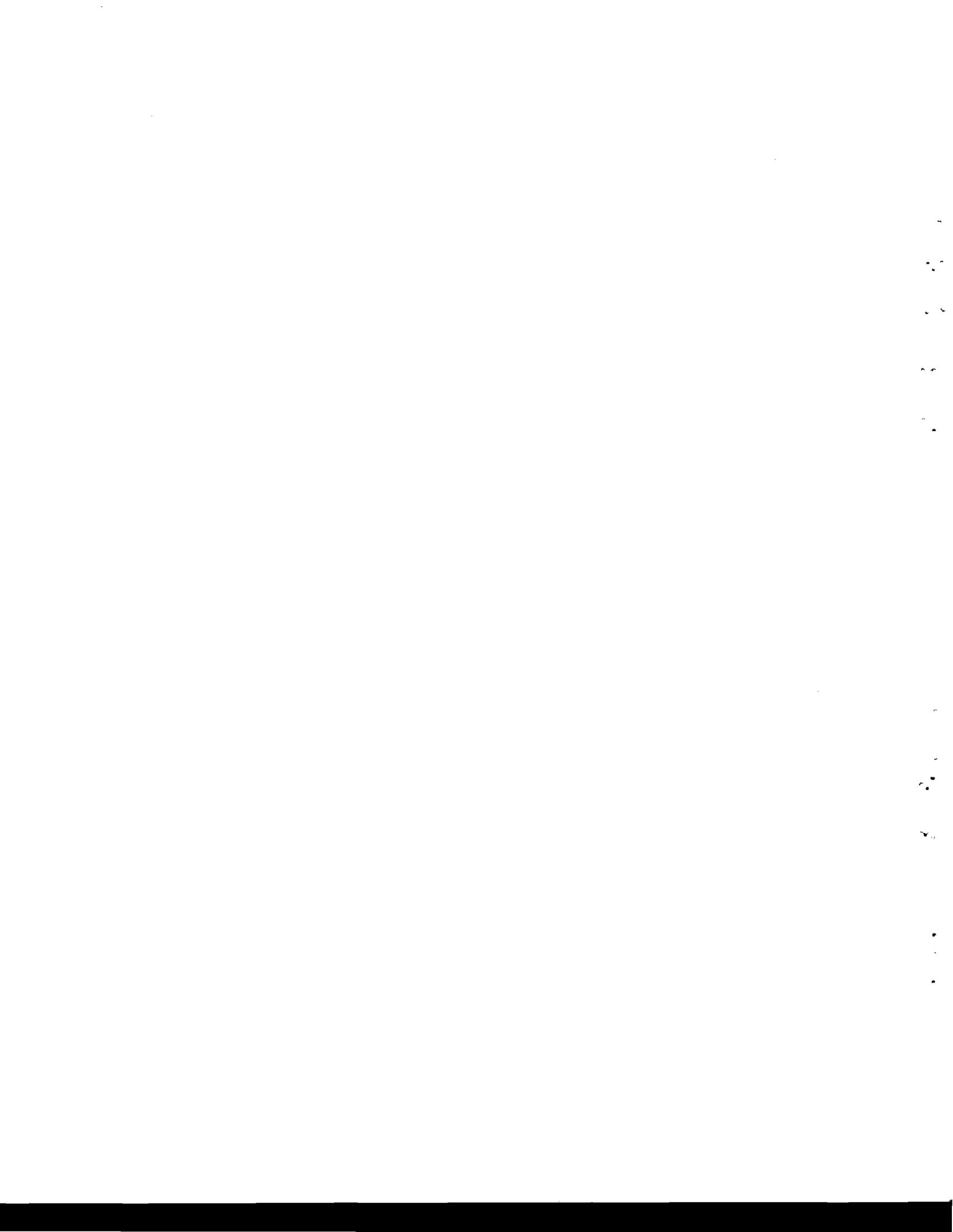
Parece ser un hecho indiscutible que el complejo fenómeno de transformaciones, innovaciones, desajustes y ajustes continuos de la estructura y funcionamiento sociales que genéricamente se denomina cambio social y que bajo ciertas condiciones constituye desarrollo, es concomitante con un proceso de urbanización. Proceso que se caracteriza por importantes cambios en la dinámica y la distribución de la población y en la localización de ciertos recursos productivos, y por una incorporación acelerada, más o menos directa, de grandes sectores sociales a nuevas formas de producción y consumo, de relaciones sociales y de participación y, al menos potencialmente, de realización personal.

Prácticamente no hay país del mundo que, con sus propias características y a distintos ritmos, no experimente una acelerada redistribución de su población que resulta, generalmente, en modificaciones de la red urbana, a veces, en la estructuración de un sistema urbano y, en la mayoría de los casos, en altas concentraciones de población y de actividades no agrícolas en algunas pocas ciudades o áreas metropolitanas.

Justo es reconocer que el fenómeno recientemente anotado, por lo menos en sus formas simples de expresión, no es nuevo en la historia de la humanidad; las primeras "concentraciones" estables de población surgen en los tiempos neolíticos y el importante rol de las ciudades en el desarrollo cultural, económico y político, ha sido debidamente registrado.

Lo que sí es nuevo es la extraordinaria aceleración de las tasas de urbanización, la configuración de sistemas urbanos estructural y funcionalmente integrados y, especialmente, el surgimiento de las grandes ciudades y, más recientemente, de las áreas metropolitanas y regiones urbanas. En 1850 había cuatro ciudades en el mundo de un millón o más de habitantes; en 1950 existían aproximadamente más de cien. Las proyecciones indican como posible que para el año 2000 habrá alrededor de mil de estas urbes y que unas cincuenta de ellas se conurbarán en unidades de setenta millones de personas o más.

*/ Este capítulo fue preparado por Ricardo Jordán.



Las consecuencias de este fenómeno no han sido aún apreciadas en su verdadera magnitud y la investigación del impacto que ha tenido y tendrá sobre la dinámica y estructura de la población, las formas de producción, distribución y consumo, las relaciones sociales, el desarrollo político, las instituciones y aún sobre ciertas concepciones filosóficas e ideológicas, presenta un desafío de incalculables proyecciones. Poco se sabe sobre las posibles interrelaciones de causalidad entre el desarrollo y el proceso de urbanización; sólo se pueden determinar, no como causas de éste, pero sí como elementos coadyuvantes, el rápido crecimiento demográfico, los cambios en la estructura agraria y del sector industrial -en general producto de la incorporación de nuevas técnicas y de alteraciones en el equilibrio de los diversos sectores que participan en el ejercicio del poder-, las formas de inserción de las sociedades nacionales a nivel mundial que determinan, en parte, el grado de dependencia económica y política y los avances tecnológicos en los transportes y las comunicaciones.

Hasta recientemente, la mayor parte de los estudios relativos al proceso de urbanización o al desarrollo urbano, se han concentrado en su análisis histórico, considerándolo como el resultado de múltiples otros procesos interrelacionados; la ciudad como objeto de estudio, se ha enfocado como una variable dependiente. Por su parte, en la gran mayoría de los casos, la acción llevada a cabo ha sido de tipo correctivo, ex-post, dirigida hacia la solución de problemas surgidos del crecimiento urbano, realizándose grandes esfuerzos por detener o reencauzar ese crecimiento que han dado resultado sólo en contadas oportunidades y por períodos de corta duración.

Cabe ahora invertir esta forma de análisis y de acción y contemplar a la ciudad como un complejo ecológico fundamental para la vida social y el desarrollo de la actividad económica y capaz de generar y transmitir innovaciones que son, por lo menos, instrumentales al logro de las metas y objetivos del desarrollo.

A las ciudades les cabe, sin duda, un importante papel como centros dinámicos de desarrollo. Desde el punto de vista económico, en ellas se encuentran las condiciones necesarias para una acelerada industrialización; entre otras, el medio técnico en ellas existente, los servicios infraestructurales, la magnitud y accesibilidad del mercado consumidor y del de capitales, las economías de escala, de complementación y aglomeración, etc.



Políticamente, las grandes concentraciones urbanas implican un potencial de integración nacional y abren posibilidades de participación y de democratización de la elección de alternativas de destino colectivo.

En términos sociales, parece evidente que en la ciudad se encuentra un ambiente suficientemente amplio como para dar cabida a los anhelos de superación y necesidades de interacción; ahí, los canales de movilidad, las posibilidades de comunicación y organización, el encuentro con la "cultura urbana" que se manifiesta en un nuevo tipo de personalidad y la incorporación a la comunidad mundial, posibilitan al hombre y a la familia el logro de más altos niveles de superación.

Las anteriores son algunas facetas positivas que el proceso de urbanización y su resultado socio-espacial, la ciudad, representan en cuanto instrumentos de desarrollo. Es necesario recordar sin embargo que, especialmente en situaciones de insuficiente desarrollo económico como las de América Latina, en que el proceso de urbanización se ha venido produciendo conjuntamente con un lento crecimiento y aún un retroceso relativo en la producción de bienes y servicios y con una distribución regresiva del ingreso, las ciudades y especialmente las grandes concentraciones urbanas, representan un conjunto de demandas cuya satisfacción obliga a urgentes inversiones que necesariamente, ante la escasez de recursos disponibles, deben ser sustraídas de aquellos rubros que, desde el punto de vista económico, son directamente productivos o de mayor dinamismo.

Así la ciudad se constituye en un elemento obstaculizador del desarrollo económico y generador de conflictos y de "patologías" psico-sociales, expresión de necesidades, muchas de ellas vitales, insatisfechas y de un masivo sentimiento de frustración.

En toda justicia es necesario decir, sin embargo, que tanto las demandas por servicios y bienes, como los efectos negativos de su insatisfacción, no surgen con la iniciación ni siquiera con la aceleración del proceso de urbanización; tampoco son consubstanciales con las grandes concentraciones. Lo que ocurre es que en ellas, debido por un lado al efecto de demostración producido por la constatación de las diferencias socio-económicas y, por otro, a la "masificación de la insatisfacción", el problema se hace evidente y la posibilidad de ejercer presión política para su solución, más real y efectiva.



El desarrollo económico, entendido como el aumento sostenido del ingreso per cápita y como una secuencia de cambios en la estructura productiva -tanto a nivel global como de cada sector de la economía- que redundan, por una parte, en una reducción relativa del aporte al producto nacional de las actividades agrícolas y de su capacidad de absorción de mano de obra y, por otra, en un aumento del originado en los sectores secundarios y terciarios, contribuye al proceso de urbanización y provoca un rápido incremento de las grandes concentraciones demográficas existentes, en algunas oportunidades, muy pocas, dando origen a nuevas ciudades. La urbanización es, en este sentido, consecuencia del desarrollo económico.

Por otra parte se da el caso -que constituye prácticamente la norma en América Latina- en que procesos de urbanización, a veces muy acelerados, se dan sin que exista al mismo tiempo el suficiente desarrollo económico, o -lo que es aún más típico de los países del llamado tercer mundo- sin que se logre una adecuada distribución del ingreso que se supone éste genera. Es en estos casos cuando los problemas de deterioro del medio y de prestación y provisión de servicios se hacen más críticos.

El aumento de los recursos de inversión, supuestamente producido por el desarrollo económico, es condición esencial para la eficiente provisión de todos los servicios urbanos, tanto infraestructurales y de vivienda, como de educación, salud, comerciales, culturales, recreativos, de seguridad y de administración en general. Una buena provisión y mantención de servicios urbanos suele ser incompatible con ciudades pobres, o mejor aún, con los sectores pobres de una ciudad, lo que explica, en parte, la configuración de la ciudad en subsistemas espaciales cuya "calidad" responde al nivel de ingreso de sus habitantes. Y esto es así aún en economías centralmente planificadas, en que, también ante la urgencia por elevar los niveles de producción y la escasez de recursos, se postergarán las "inversiones sociales" en beneficio de las más directamente productivas o de mayor rendimiento económico.

Pareciera desprenderse de lo dicho que la población urbana de aquellos países que han alcanzado altos niveles de desarrollo económico no enfrentaría problemas de insuficiencia de servicios o de deterioro del medio. No es así sin embargo; primero, porque el desarrollo económico parece no tener niveles topes y la mantención del proceso requiere, dentro de la "racionalidad económica"

